

# Venezuela: Diario de una generación sacrificada

de *Pamela Rahn Sánchez*

Cuando empecé a escribir, la palabra "revolución" me llevó a cuestionarme profundamente. Cuando buscas la palabra en el diccionario, estos son los sinónimos que encuentras: perturbación, trastorno, revelación, agitación, inversión, cambio, movimiento. Tal vez lo que viene después de la revolución, especialmente después de una revolución fallida, es una fricción entre todos estos términos, con un gran signo de interrogación, una sensación parecida a una espera, a una parálisis. Es por eso que la palabra "revolución" es mucho más que una palabra para mí, es un símbolo, y aunque me gusta reivindicar su fuerza y autonomía, siempre la he asociado con una fuerte connotación negativa. Aunque sabemos que nada es completamente blanco o negro, y que siempre hay un poco de gris en todo gobierno, debemos admitir que este gobierno, como tantos otros partidos políticos totalitarios en el poder, se caracteriza por el color rojo. Cuando eres rojo, cortas o disparas. En ambos casos, hay sangre; en ambos casos, te lastiman.

Como venezolana, mi infancia estuvo marcada por el sonido de las cacerolas chocando. Tengo aproximadamente la misma edad que la revolución bolivariana, crecí creyendo inocentemente que al unirme a la mano de mis padres o de una de mis tías, podría expulsar a un régimen, o más bien a un hombre que avanzaba al ritmo de los cánticos, en esas largas marchas con camisas blancas y pañuelos a juego con el color de la bandera. Unos años después, más mayor y menos ingenua, como tantos otros, observé con consternación las movilizaciones masivas que desfilaban en las pantallas de televisión de los años 2000 a 2010, la fuerza bruta de los llamados "guardias nacionales" agrediendo a los manifestantes, sembrando la destrucción a su paso, paralizando la ciudad, con una fuerza que calificaban de "revolucionaria".

Un espacio reducido a la nada por el miedo a quedarse sin nada, una inercia automática que solo deja lugar para consideraciones materiales, ese es el resultado de la tan mal llamada revolución de un país con un ultracapitalismo disfrazado de socialismo. Pero lo que me interesa no es solo hablar de la crisis económica que surge después de una revolución política, que sigue avanzando con la cara enmascarada. En la actualidad, asistimos a un simulacro de normalidad que se expresa por la progresiva desaparición de los partidos políticos -que ni siquiera se molestan en nombrar-, la aparición de productos de todo tipo, la apertura constante de nuevas tiendas y restaurantes, la llegada de artistas de todo el mundo y la organización de festivales de música cada mes, pero en realidad todo eso no constituye más que la punta del iceberg. Bajo la superficie, el país se está desintegrando, los servicios continúan fallando, las cosas no dejan de funcionar mal. La diferencia es que hoy, con dinero, todo se puede arreglar: si falta agua, se puede comprar un tanque; si falta luz, se instala un generador; cuando la gasolina

escasea y las colas se alargan, se compra en el mercado negro. Todo se resuelve con dinero, es solo una cuestión de contactos. Si tienes suficiente dinero, nunca tendrás que sufrir realmente las consecuencias, siempre encontrarás cómo poner un parche en los problemas de tu existencia. Eso es todo. Existe entre las diferentes clases sociales una brecha inmensa y determinante en la experiencia del dolor.

Por eso, para describir lo que estamos atravesando todos, me parece más pertinente hablar de crisis social o mental, algo que no deja de acumularse en el interior, entre aquellos que se quedan y los miles de exiliados que han dejado el país, desesperados por ver un cambio. Sé que mi sentimiento de vacío, ese vacío que creo conocer bien, un gran vacío ardiente, trascendental, identitario, humano sobre todo, está compuesto de mucho más que este país itinerante que hemos construido. Pero, ¿cómo no culpar la decadencia que se ha instalado después de la revolución, cómo no asimilarla a sus propios fracasos? Todo se confunde. Todo resulta de lo que queda después de la guerra, de cómo se han recogido los escombros, de quién se encargó de recogerlos para dejar pasar a los cadáveres, y de la identidad de estos últimos, para hacer eco al famoso poema de Wislawa Szymborska.

## **Introducción a la pérdida**

"Cuando nos sucede algo, aún no tenemos las herramientas para entenderlo hasta que no ha terminado", declaró, en una entrevista, la reciente ganadora del premio Nobel de literatura, Annie Ernaux. "Solo podemos entenderlo más tarde, retrospectivamente". Hace unos meses, pensaba que iba a dejar de sufrir las consecuencias de la revolución, que iba a alejarme de las cenizas, para finalmente poder hacer algo con mis manos, esculpir otra cosa, pero todavía estoy en el barro. Aún no puedo entender todo, solo imprimir imágenes en mi memoria; eso es lo que he intentado hacer estos últimos años, y he ido a buscar en mis cuadernos estos difíciles extractos para hablar del dolor. Lo que tengo claro es que para entender, debo ser diferente, y por ahora, sigo siendo la misma, atrapada en los escombros de una revolución -la verdadera, la que, al intentar derrocar a la falsa, murió de agotamiento. Ahora solo puedo recordar, seguir explorando esta caja de pérdidas.

## **Primera pérdida - La luz**

Aquí hay una serie de cosas que me han sucedido: me quemé la mano con agua hirviendo, una quemadura grande y dolorosa que dejó una marca marrón; eliminé a C. de mis contactos de Facebook porque me ignoraba desde nuestra separación; llevo 48 horas sin luz, y un poco más; estoy encerrada y no tengo idea de qué día es, solo sé que estamos en marzo y que hace mucho tiempo que no puedo vivir sin electricidad, afuera el cielo comienza a oscurecerse, se hace tarde y la luz todavía no llega, pronto será de noche y nos sumiremos en la oscuridad más completa. En Caracas y en todo Venezuela, llevamos casi tres días sin electricidad, largos días de charla, de escuchar la radio, de

leer incansablemente hasta que no veo nada, noches de lectura con linterna, incapaz de vivir sin ficción. Días de soledad o de reuniones familiares repasando todo lo que he dejado atrás y todo lo que quisiera recuperar, pero también todo lo que aún no soy y que quisiera ser. Días de miedo, viendo señales por todas partes, acostándome temprano, quedándome en la oscuridad mirando por la ventana.

La ausencia de tecnología nos sumerge en un estado de contemplación absoluta. Ayer, pude admirar la noche estrellada más hermosa que he visto en toda mi vida. Tal vez era una noche estrellada como cualquier otra, y que la oscuridad total en la que estaba sumida Caracas simplemente reveló las estrellas que las luces de la ciudad ocultan a nuestros ojos. El cielo se ofreció como un regalo, algo divino para contemplar, en el momento en que más podíamos apreciarlo, por una noche de tinieblas, a la luz de las velas, sin tener mucho que contar, con el miedo al mañana; ese tipo de noches extrañas y tristes, pero que dan ganas de salir a bailar con el peligro.

Un país también es el territorio que llevamos dentro, como un sentimiento. Un territorio de geometría variable que se construye a partir de su propio vacío. La joven poesía venezolana, sea política o no, se ha construido sobre esta imposibilidad de definir esta geografía íntima, y es eso lo que la hace bella, lo que le da al poema su pasión, su razón de ser. Para mí, eso es lo que busca el poeta venezolano: la luz.

## **Segunda pérdida – El “buen” dolor**

Hoy, mi abuela Mamau ha muerto. Estoy triste por mi padre, por la forma en que la muerte parece haberlo cubierto todo. Es un día extraño, con una atmósfera tranquila y triste, casi silenciosa. Después de su fallecimiento, no hay mucho que decir. Mis padres asistieron a su muerte a través de una pantalla, la llamaron por Messenger, y en el momento de dar su último suspiro, abrió los ojos, los volvió a cerrar y luego murió. Si bien las pantallas ofrecen la comodidad de ver a una persona morir mientras está a kilómetros de distancia, preferiría que no existieran. Mis padres lo vieron como algo bueno, me dijeron: "No podemos viajar, pero al menos pudimos estar cerca de ella". Como siempre, veo estas cosas de manera diferente. Me pregunto cuántas familias han tenido que presenciar los últimos momentos de sus seres queridos a distancia porque no podían viajar, ya sea por falta de dinero o por un pasaporte vencido. Puedo ser una persona muy dura, la muerte no me asusta, y mi padre me pareció débil cuando lloró frente a su teléfono. No tiene ninguna lógica, pero es lo que sentí, quizás porque la muerte es demasiado definitiva, demasiado oscura, y prefiero considerarla de manera seca, estoica, casi inhumana, para poder tragarla mejor, de un solo bocado. Ninguna persona a la que realmente había amado había muerto antes. Sí, me habían dejado y eso me hizo llorar. Le hablé a C. sobre la muerte de Mamau, y aunque estaba conectado en Facebook, ignoró mi mensaje; eso me dolió, porque me había mostrado vulnerable al compartir algo íntimo. Más tarde, me respondió con una excusa tonta que no creí. No

hay nada peor que la indiferencia, ni siquiera el silencio. Había llorado mientras le escribía mi mensaje, pero sé que mis lágrimas eran por la pérdida de nuestro amor, de esa intimidad que no volvería, y no por la muerte de mi abuela.

Viendo "Los Soprano", me impactó una escena en la que Tony abraza a su hija Mellow, vestida con toga y birrete de graduada. Me hizo pensar en C. en su toga, llorando en los brazos de su padre como un niño pequeño. ¿Por qué llorar nos hace ver tan infantiles, nos hace tan vulnerables? Recuerdo lo que sentí entonces, una mezcla de rabia y tristeza, rabia por su éxito, ante todo, porque graduarse le daba un propósito, una seguridad, un título. En el momento en que C. recibió su diploma, sabía que el mío acumulaba polvo y seguiría acumulando polvo. También sentí rabia hacia su padre, que no me amaba, que nunca me había amado, que nunca mostró afecto y que ese día me trató con desdén. Sentí rabia porque él iba a irse a otro país, hacia su futuro, con su toga, su valentía, su voz, y se llevaría consigo mi amor, todo el amor que nos habíamos dado, toda la poesía, todos los libros y lugares y el sexo. Con sus sueños, se llevaría todo, junto con sus propias pertenencias, y lo mezclaría todo como una masa de pan para construir un edificio que luego podría devorar con su tremendo apetito. Y cuando se fuera, yo me encontraría sin nada que construir, porque mi vida estaba completamente dedicada a la construcción de nuestro amor y de la persona que era cuando estábamos juntos. Sentí todo eso, esperando aún que todos los abrazos terminaran para poder a mi vez abrazarlo. Un abrazo lleno de rabia, de tristeza, de celos, de amor, de demasiado amor, que lo representaba todo, incluso cuando ese amor no era más que un deseo de dejarlo, un sentimiento de libertad frente a ese amor, el miedo de perderme en mis sentimientos, de perderme en él, un hombre grande y corpulento, cuya voz grave tenía un efecto profundamente calmante sobre mí. Así era mi abrazo, mi mirada al abrazo de su padre, y mi imposibilidad de dormir junto a él porque pasé nuestra última noche juntos llorando, pensando en lo difícil que sería construir un futuro sin el amor de alguien, aun cuando habíamos decidido darle una oportunidad a una relación a distancia. ¿Por qué soy tan dependiente del amor para mi supervivencia emocional? Y aquí estoy, todavía buscándome un futuro, con las mismas dificultades económicas y psicológicas, llorando con Atahualpa Yupanqui y su canción que suaviza el invierno, cuando debería estar llorando por la muerte de mi abuela, pero no, lloro por un verso, una canción, una ficción que me tocó el corazón, tan inútil y tan bella.

Después de la revolución, ya no se pueden separar los dolores íntimos de los dolores colectivos. Nos enojamos, nos volvemos amargos. En nuestra vida personal, incluso las cosas se vuelven difíciles. El relato de alguien que siempre ha vivido en esta desolación debe ser interesante. ¿Qué futuro podemos esperar para los niños nacidos y criados en estas condiciones? Cada uno crecerá de manera diferente, pero en cada uno reinará la confusión. Crecerán, y todos sus traumas formarán una misma masa, se convertirán en una enorme roca de rabia contenida y confusa, un garabato de imposibilidades, cuya consecuencia llevará el nombre de revolución fallida.

### **Tercera pérdida: La libertad**

Una vez que todos en la casa se hubieron acostado, bajé a la habitación de invitados y abrí la ventana para respirar el aire de la noche. Es la mejor ventana de la casa y la vista es magnífica: una montaña impresionante, un cielo inmenso y solo unas pocas luces visibles, mientras que a kilómetros de distancia se escuchaba una música cuyo volumen era tan alto que parecía un rumor muy cercano. Al observar la noche, sentí que no había vivido, y que no estaba exagerando como suelo hacer cuando me pongo demasiado dramática, sino que era real, que casi no había vivido nada de lo que comúnmente se llama una juventud divertida, que merecía divertirme. Mi libertad me había sido arrebatada por una serie de condiciones que no había elegido, pero que habían crecido conmigo; ese sentimiento de encarcelamiento era una herencia emocional, simbólica, que debía a mi generación y a mi nacionalidad. En ese momento, en mi cabeza surgió una pregunta: ¿seré siempre esa mujer que escucha con nostalgia a través de la ventana una fiesta lejana, deseando estar allí, esperando que algún día llegue, mientras siente en su rostro el frío viento de la noche y la llovizna que acompaña la niebla? La impotencia me invadió, y al escribir estas líneas empecé a llorar. ¿Seré también esa mujer que prefiere la sensación de estar lejos de la fiesta que desea? Tal vez he construido a esa mujer como una forma de defenderme contra lo imposible. La mujer que me gustaría ser es una mujer que, después de haber bailado y sudado en la fiesta, saldría un momento al jardín, se sentaría en el frío, admirando el cielo despejado donde brillaran algunas estrellas, cuando de repente un extraño se le acercaría, le ofrecería un encendedor para encender un cigarrillo, y en ese momento se sentiría más feliz, más libre que en el corazón de la fiesta misma, en el silencio de la noche, con la música a lo lejos, sabiendo que solo tendría que caminar un poco si quisiera regresar a la fiesta, que siempre está a su alcance. Esa mujer tiene el poder de elegir, pero tiene el corazón de alguien que se ha quedado en su ventana, detrás de los barrotes. Ella elegiría ser una mujer que ha aprendido de lo que ha perdido.

La revolución deja marcas, se aprende a mirar de manera diferente, más calmadamente, porque el tiempo pasa de otra manera cuando está sumido en la inestabilidad. En algunas revoluciones, la mirada se llena de un sentimiento de victoria, en otras, de fracaso, y en otras más, simplemente de esperanza. En el peor de los casos, aconsejo fabricarse un ojo de cartón para mirar el vacío más fácilmente. En cuanto a aquellos que se atreven a arrojar todo a las llamas, incluidos los recuerdos y sus llamas imaginarias, la libertad los llenará de una inmensa blancura.